

colección minilecturas

Tres mujeres en Haití

Anna Seghers

Traducción de
Marta López

Nórdicalibros
2023

Título original: *Drei Frauen aus Haiti*

© Aufbau Verlage GmbH & Co Kg, Berlín 1950 y 2009

© De la traducción: Marta López

© De esta edición: Nórdica Libros SL

Doctor Blanco Soler 26 - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2023

ISBN: 978-84-19735-24-9

Depósito Legal: M-15986-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados (Alcobendas)

Directora de la colección: Eva Ariza Trinidad

Diseño de colección: Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cubierta impresa en papel Guarro Casas Masterblank gofrado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL ESCONDITE

Las naves con las que Colón viajó por tercera vez de Haití a España para informar a la reina no iban de nuevo cargadas de oro, como se esperaba, sino de semillas, frutos, pacas de tejido y maderas rojizas y claras, aún desconocidas en Europa.

Ante todo, Colón había cumplido el deseo expreso de la reina: llevarle doce muchachas muy jóvenes, a las que había calificado en los partes como paradisíacas en gracia y belleza.

La reina Isabel quería educar a estas muchachas en la Corte española y hacer que actuasen para asombro de sus invitados. Las más encantadoras se destinaban

como regalos para algunos nobles que habían prestado servicios extraordinarios a la Corona.

Como peces voladores, las muchachas saltaban con rapidez una tras otra sobre la cubierta de la nave del almirante en los bailes bajo el sol del atardecer. A la más bella de todas la llamaban Toaliina y así conservaron su nombre. Las compañeras se agolpaban a menudo a su alrededor. Se mostraron ante los isleños custodiados por los españoles que observaban las maniobras de desatraque en la costa cerca del desembarcadero. En la cubierta, a cierta distancia, los marineros contemplaban con asombro a las bailarinas. Tenían prohibido tocar a cualquiera de las muchachas, aunque solo fuese fugazmente.

Levaron anclas. La costa se evaporó deprisa tras una profunda respiración.

Toaliina lanzó un grito de pájaro y saltó sobre la borda. De inmediato, todas las demás saltaron tras ella. Con brazadas

constantes, se dirigieron al punto de la costa que acababan de abandonar. Desde allí, llegaba algún que otro grito atravesando el mar, que podía ser una advertencia o un incentivo.

Un grumete especialmente hábil saltó tras Toaliina. Ella se giró rápida como un rayo y le mordió la mano. Mientras tanto, bajaban varios botes con cuerdas. Las muchachas formaron un tren; Toaliina nadaba la primera. Los marineros comenzaron a perseguirlas, tanto a nado como a remo.

Si hubieran golpeado o incluso disparado a las muchachas, no habría sido posible presentarlas ante la corte española como criaturas de gracia paradisíaca.

Toaliina había cambiado de dirección. Habían apresado a dos de sus compañeras mientras todavía estaban en el mar. Ellas habían mantenido el rumbo directo hacia la costa; otras habían sido capturadas por la guardia nada más llegar. Los rostros de los espectadores se habían ensombrecido.

Poco antes, al partir, sonreían. Ahora parecían comprender lo que estaba en juego. Encerraban en camarotes oscuros a las que habían vuelto a capturar. En el barco se especulaba sobre el motivo de su huida:

—No se imaginan lo que es España ni lo que significaría para ellas servir a la corte real española.

Dos amigos opinaban que el invitado del almirante del día anterior había sido un hermano del cacique. Al llevar los regalos de despedida, había intercambiado en voz baja unas palabras con Toaliina y le había hecho unas señas en el aire con la mano.

Toaliina no había nadado hasta la orilla. Se había escondido en un arbusto flotante y luego había acabado en un punto de la costa considerablemente alejado del puente de salida. Se dirigió con pasos rápidos y precisos hacia una hondonada. Allí se detuvo y se asomó a una inmensa copa de árbol que, intencionadamente o a causa de un temporal, había sido arrancada del

tronco. La copa había vuelto a echar raíces. En ese momento, una mujer anciana se arrastró por el ramaje. Se retiró al comprobar que Toaliina la seguía sin vacilar. No dijo nada, no hizo señas, solo alzó el dedo índice hacia la pared de la montaña, a la que se aferraban las ramas frescas.

Siguiendo a la anciana, Toaliina se abrió camino en la roca justo detrás de ella. Solo en raras ocasiones penetraba algo de luz en los numerosos caminos y cuevas. Pensó entonces en las palabras que el haitiano le había susurrado mientras llevaba regalos para la corte real española al barco del almirante. Sin duda, este hermano del cacique no había subido a bordo solo por los obsequios de despedida, sino para darle a ella algún que otro consejo. Él, a diferencia de su hermano y como muchos isleños, había desconfiado de los españoles desde el principio. Le había hecho una señal a Toaliina: «Solo estarás a salvo con esta mujer, la madre de mi amigo, durante toda la vida».

Toaliina no se había parado a pensar en esas palabras y entonces tampoco pensó bien en lo que podría significar: «durante toda la vida».

La anciana se había adentrado en la pared rocosa tan sigilosamente y con tanta seguridad como si fuera un camino de tierra. Toaliina se arrastró detrás de ella. Se detuvieron en una cueva; las paredes estaban raspadas, había todo tipo de utensilios en aquellos salientes; en el suelo había un par de mantas, estaban pisoteadas y deshilachadas, pero, por la forma en que estaban tejidas y por el color, podrían haber sido parte de los regalos a la corte. Toaliina ya añoraba el aire y el sonido del mar.

La anciana preparó una papilla de tubérculos y raíces. Se oyeron pasos procedentes de una entrada trasera.

—¡Tschanangi! ¡Hijo mío! —dijo la mujer mientras untaba con alegre afán.

Toaliina brilló al ver al recién llegado y él brilló al verla a ella.

Les informó de que tres jóvenes habían sido detenidas inmediatamente después de su llegada. Los españoles les habían seguido los pasos a otras dos y habían descubierto el lugar donde se alojaban. Las habían golpeado violentamente. Las habían encerrado. Habían quemado sus cabañas.

—¡Golpeadas violentamente! ¡Quemadas! —gritó Toaliina.

—Así es —dijo el joven haitiano sin dejar de tirar del brazo de Toaliina con ternura—. El cacique ha intentado hacernos creer que los dioses nos habían enviado a estos forasteros, pero su hermano siempre los ha tomado por simples habitantes de una isla lejana que tan solo han venido hasta aquí en busca de un botín. La verdad no ha tardado en salir a la luz. Ya nadie se pone de acuerdo en la isla.

—Cuando vuelvas aquí, toma un camino diferente, a través del bosque. Solo nosotras conocemos esta entrada. Toaliina no

puede salir bajo ningún concepto. Su pelo es negro, pero con motas doradas. Pueden reconocerla desde lejos —dijo la madre.

Toaliina estaba embriagada por el amor que sentía hacia Tschanangi. Ya no era consciente del tiempo. No era consciente del que transcurría entre dos abrazos. Del tiempo entre su partida y su regreso.

Dio a luz a un hijo. Tschanangi llegó más tarde que nunca. Llevaba en el cuello una extraña moneda anudada a un cordel.

—Quien no lleve el cordel con la moneda será detenido. Es la prueba del tributo de oro, se lo pondrán a todo aquel que lo haya entregado. No sé si este almirante es bueno o malo. Su pueblo se vuelve temerario cuando les da la espalda, como está haciendo ahora. No puede apaciguarlos desde la distancia. Aquel que no haya ofrecido ningún tributo de oro será enviado a las minas. Allí deberá extraer de la tierra lo que no entregó voluntariamente

—explicó—. El almirante ha vuelto con su amigo. No estaba contento con todo lo ocurrido aquí en este tiempo. Los españoles son descarados y desalmados. Tú, Toaliina, no te alejes ni un paso de aquí.

Volvió a pensar, ahora ya angustiada, en las palabras que el hermano del cacique le había dicho en el barco: «En este lugar, con la madre de mi amigo, estarás a salvo durante toda la vida».

Añoraba profundamente el mar. Una noche, Tschanangi llevó a su hijo más pequeño por la entrada trasera hasta la orilla. Toaliina aspiró el olor de la sal cuando volvió a descansar en sus brazos.

La anciana falleció. La soledad era amarga.

Tras una larga espera, y Toaliina ya sabía bien lo que era esperar, en lugar de Tschanangi llegó su mejor amigo.

—Tschanangi me ha descrito el camino exacto hacia ti. Después de todo, lo han metido en la mina de oro. Para mí es más

fácil vivir aquí contigo que allá afuera, amenazado por los españoles —dijo él.

Colón no recibió una acogida tan calorosa en Cádiz como en su último regreso. Le informaron de que habían nombrado en su lugar a varios nuevos comandantes jefe para las tierras e islas recién descubiertas. En su ausencia, habían destruido el fuerte La Navidad en Haití. Allí también habían nombrado un nuevo gobernador en lugar de Colón.

El hermano del antiguo cacique, que antes de la última partida había cubierto a Colón de regalos para la corte real española, había sido privado de toda dignidad por su insubordinación. Tuvo que esconderse con muchos haitianos en las montañas al oeste de la isla. Desde el primer momento, habían considerado a los españoles recién llegados no como dioses, sino como intrusos, hipócritas y codiciosos. Ahora estaba claro quién estaba en contra de quién. En una ruta elevada, los haitianos pelearon contra los españoles. Los españoles lucharon con excelentes

armas. Hicieron esclavos a los haitianos derrotados.

Todo esto lo contó el amigo de Tschanangi. Permaneció escondido en la cueva. Salía lo menos posible, solo para ir a buscar fruta y agua por un sendero lateral. Toaliina había aprendido a prepararle comidas exquisitas, como la madre de Tschanangi. Vivió junto a este amigo, no tan feliz como antes, pero sí sin problemas. Le dio dos hijos.

Mientras tanto, en España, la reina Isabel había hecho preguntar a los clérigos y a los altos cargos de la Iglesia si la trata de personas y la venta de esclavos estaban permitidas. Tras una minuciosa investigación, la respuesta fue: «Sí. Totalmente permitido, ya en las Sagradas Escrituras».

Las muchachas más bellas y hábiles que aquella vez habían huido con Toaliina, y a las que habían vuelto a capturar, habían prestado primero sus servicios en la corte y en las casas de los nobles. Cuando se hartaban de

ellas, acababan en los mercados de esclavos. No obstante, se dice que algunas siguieron siendo las amantes y esposas de los nobles señores.

Colón, por su inquietud como descubridor, volvió a emprender muchos viajes cuando regresó a Haití. Nada le impedía considerar las islas y las costas a las que se dirigía como partes de la India; consideraba el Orinoco, cuya desembocadura había invadido, como uno de los raudales indios más poderosos.

Aunque la corte española estaba entusiasmada con los nuevos descubrimientos, lo estaba aún más con lo que ocurría en su propio país. En la corte, una boda seguía a otra. La princesa más joven se casó con el señor de los Países Bajos y el heredero al trono español con su hermana.

Tschanangi, el primer hombre de Toaliina, hacía tiempo que había escapado de la mina. Se deslizó por una cordillera en el

oeste, gobernada por Bujarda, el cacique que nunca había confundido a los extranjeros recién llegados con dioses. A él y a sus parientes les resultaba cada vez más evidente que unos hombres mezquinos, ávidos y astutos estaban robando su isla en correrías ordinarias. Tschanangi pronto formó parte de los mejores guardias y compañeros de armas de Bujarda. Cuando, tras un avance de los españoles, lo llevaron gravemente herido al interior de las montañas, le pareció por su estado febril que estaba tumbado en la cueva que había sido su refugio durante tanto tiempo. La mujer que le cuidaba le parecía más hermosa que cualquiera que pudiera existir en otro lugar. Su aspecto le colmaba de felicidad. Se olvidó de sus heridas mientras buscaba su nombre. De pronto se despertó totalmente y gritó: «¡Toaliina!». Con este recuerdo resistió a la muerte durante algún tiempo.

El haitiano que ahora era hombre de Toaliina se decidió a salir con inocencia de la

cueva en busca de alimentos. Los guardias lo llamaron.

—¿De dónde vienes? ¿Cuál es el nombre de tu señor? —le preguntaron abalanzándose sobre él.

—El señor de las montañas del oeste —respondió él.

Estas montañas se consideraban inconquistables. Cuando le preguntaron a quién quería visitar ahí, dijo que a cualquiera que le quisiese escuchar.

Lo ataron, lo golpearon y le restregaron sal en los verdugones ensangrentados bajo un continuo interrogatorio. Se rio, estaba dispuesto a que lo golpearan hasta la muerte, nunca les daría el lugar donde se escondía Toaliina y que se había convertido en un refugio para algunos hombres perseguidos.

Poco a poco dejaron de buscar su escondite. Seguramente había algunas personas que suponían que estaba escondida en algún lugar de las montañas. Después de todo, no podía haber desaparecido por

aquel entonces como un fantasma tras llegar a tierra.

El heredero al trono español, Juan, que se había casado con una hija de la familia real holandesa, había muerto repentinamente. La ceremonia fúnebre sucedió a la boda. Se estaba gestando la base del poder hispano-holandés que desgarraría a Europa durante otros cien años.

Puede que a veces alguien entrase a hurtadillas en el escondite de Toaliina, a quien se le había confiado este refugio en peligro de muerte. Puede que a veces uno le dijese a otro: «Ahí debe de vivir la mujer que iba a ser vendida a España hace muchos años, que saltó del barco del almirante y que volvió a nado para esconderse aquí en la costa».

Así recordaba su propio pasado, que ella misma casi habría olvidado si no fuera por el bramido de las olas.

Una vez, mientras estaba acostada en la cueva, se desató una vertiginosa tormenta. El mar destrozó partes de la costa. Los

árboles fueron arrancados de raíz. Las paredes de la cueva cedieron. Toaliina se arrastró a través de la entrada trasera, que ya estaba parcialmente enterrada. Se agarró a la roca para tomar aliento. El aire salado no tardó en golpearle la cara. ¿Dónde están mis hijos? ¿En la mina? ¿Atados? ¿Cautivos? ¿En el mar? En cualquier momento el oleaje podía arrastrarla. Con sus últimas fuerzas se aferró a un peñasco, sintiendo, a pesar de todo peligro, que la ayudaba el mar con el que estaba familiarizada desde que era pequeña.

Supo que su huida había sido un éxito.